tentes medios de combatir con eficacia, como los ha combatido siempre, los descarríos de la supersticion y los absurdos desenfrenos de la mente.

"Una circunstancia no se ha echado de ver bastantemente en medio de los interesados clamores de los filósofos, y es la de que los únicos hombres que viven escentos de supersticion son los fieles hijos de la Iglesia; y esto consiste en que ellos son los únicos que poseen la verdadera luz. Los que dudan, por el contrario, parecen todos justificar aquella memorable espresion que dice qne los que se separan de Dios tienen el ànimo descaminado; porque los mas incrédulos de entre ellos son los mas supersticiosos.....

"En asuntos que una astucia satánica ha asociado á la religion con frecuencia tanta, presentàranse de vez en cuando al escritor pérfidos encuentros y pasos delicados. ¡Ojalá el espíritu de sabiduría le conduzca! Si en ciertos artículos se engaña, declara de antemano que, como hijo sumiso de la santa Iglesia. y sumiso á ella sin restriccion y sin reserva, desconoce, detesta y condena cuanto la Iglesia pudiera desconocer en su libro."

Hé aquí como termina este escritor su obra:

"En ese dédalo de errores é ilusiones cuyo cuadro hemos delineado, no se pierda de vista este grande hecho—que cuanto sea falso y mostruoso ha sido fruto de los estravíos del entendimiento humano, y que estos estravíos no

han podido ser producidos sino por las ilusiones de una falsa filosofía que ha continuado esparciendo sus errores bajo diferentes disfraces. Pero existe una luz que resplandece en medio de todas las tinieblas por mas que muchos cierren los ojos por no verla: *Lux in tenebris lucet, et tenebræ cam non comprehenderunt.* Esta verdadera luz tan solo en la Iglesia católica se encuentra, porque solo ella es el centro de la verdad y de la libertad,—¡en la que se sirva Dios conservarnos!"

DORY.

"Una mañana (1) del mes de febrero de 1830, que hacia mucho frio, abrí la celosía de mi aposento y púseme á contemplar la perspectiva que se presentaba á mis ojos; era bastante hermosa, aunque es verdad que vivia yo en el cuarto piso. Percibia desde allí el Luvre y las Tullerías, las flechas y las cúpulos de los monumentos públicos; y mas allá los molinos de Montmartre. La nieve habia estendido por todas partes su blanco manto. Consideraba yo

---

(1) Extracto de una obra intitulada: *Conversion al cristianismo de un sansimoniano, por Alfonso Dory.*

con interés aquel espectáculo hasta entonces desconocido, y aquella cenicienta bóveda del cielo tan extrañamente cortada por la blancura de la nieve, cuando me puseà repasar en mi cabeza todo lo que habia visto en la capital y lo que me quedaba por ver todavia. Mientras mas en ello meditaba, menos encontraba cosa que mi curiosidad excitase. Repentinamente reflexioné en que bien podia suceder que no estuviese todo Paris comprendido en sus calles, ni en sus paseos, ni en sus edificios, que acaso existia un pensamiento, una ciencia que pudiera denominarse, pensamiento ó ciencia de Paris, y entonces púseme á meditar donde podria encontrarlo. ¿Pero no hay aquí acaso, repuse, facultades y academias? ¿no hay doctos artistas, abogados, &?

Habiendo hecho estas reflexiones cerré mi celosía, y vistiéndome con presteza dirigíme inmediatamente hácia el cuartel latino.

Unos cuantos dias bastaron para que me iniciase en un nuevo género de vida, y no tardé en volverme uno de los alumnos constantes de los mas constantes de la Sorbona, en grado tal que pocos habria contenido, aquel añoso edificio, que me igualasen. Púseme á seguir todos los cursos; química y física, literatura y moral, geografía, filosofía, historia natural, historia antigua y moderna, fisiología, &.... Figuré en el curso de todos los profesores y estúveme todo el dia por mañana y tarde, en el *país latino*.

.....

De suerte que habia tomado la costumbre de pasar una considerable parte del dia en las aulas, tomando notas, concurriendo á cinco ó seis cátedras consecutivas, y decorándolo, por decirlo así, todo, hasta lecciones de literatura latina ó griega. La ciencia habia llegado á ser en mi pasion. No me ocupaba mas que en esto, en esto solo meditaba. No tenia tiempo para leer, pues apenas me era suficiente todo aquel de que disponia para coordinar en mi cabeza aquel incesante flujo de ciencia que penetraba en mí por los oidos.

Existe una diferencia grandisima entre la ciencia escrita y la ciencia emitida por los labios. Un libro científico es un texto muerto, sin comentarios ni explicaciones; pero encuéntrase en la voz de un profesor, y en el fuego de su fisonomía no sé qué cosa que hace que se comprenda lo que enuncia, y un acento que ocasiona que lo que explica en el entendimiento se introduzca. Sin embargo, á pesar de lo numerosas que eran las cátedras á que asistiera, y de la consumada habilidad de muchos de los profesores, el conjunto de sus doctrinas no correspondia, á la idea que de antemano me tenia formada. No encontraba en ellos unidad ni sistema alguno uniforme; aquello era una especie de científico caos. Al salir de la escuela condillácica fuí á dar al eclecticismo; de la historia segun Voltaire, pasé á la historia segun la Providencia; el uno, y este era el señor Daunon, como tipo de asosiacion política me pre-

sentaba sus eternos espartanos, en tanto que el otro percibia que en la sociedad era preciso rehacerlo todo. El señor Andrieux, á pesar de ser uno de los admiradores de Voltaire hablaba bastante bien del cristianismo, al paso que esta santa doctrina era desechada, y acaso ridiculizada por otros. Enfin, uno era absolutamente filosófo y otro totalmente griego; este todo se volvia materia desde la cabeza hasta los piés, y aquel era un espartano hecho y derecho; uno hablaba incesantemente de animales, y otro estaba convertido en guarismos. Aquello presentaba un espectáculo que ciertamente habria podido calificarse de curioso, y que yo, que era un díscipulo algo atrevido, empecé á calificar de caos.....

Peligroso es y mas de lo que comunmente se piensa, agitar incesantemente las elevadas cuestiones en que está interesada la existencia del hombre; á fuerza de volverlas en todos sentidos sucede con frecuencia que, afligidos de las manchas que ven en ella impresos nuestros ojos, de los tropiezos positivos ó poco fundados que en ella percibimos, y del velo que parece ocultarlos á nuestra natural curiosidad, caigamos en una duda criminal ò en un involuntario desaliento. Una de las condiciones inherentes á nuestra humana naturaleza es la de que cuando se quiere esta elevar un poco alto no falte el aire, y entonces por todas partes se presenta á ella el infinito, el problemático infinito.

En cuanto á mi, mas débil quizá que cualquiera otro, leia de buena voluntad las obras de San Simon, y *el Organizador*, periódico que publicaban sus discípulos. El modo con que estos explicaban la historia me agradaba mucho. Pero lo que me hizo mas impresion fué la obra intitulada el *Nuevo Cristianismo*, fruto de los últimos años de la vida de San Simon; notába yo en esta producion un acento de autoridad y fe que en ninguna otra parte encontraba. ¡Estraña circunstancia! á medida que progresaba yo en la senda del sansimonismo se iba mas y mas enseñoreando de mí la duda. Mi cristianismo, violentamente acometido en sus cimientos, bamboleaba, y sin embargo no tenia yo absolutamente fe alguna en aquella nueva palabra que era como un ariete con el cual podia venir mi religion por tierra. A decir verdad no creia yo firmemente en nada. El cristianismo continuaba siendo para mi bello y admirable; era una porcion de verdad, pero una verdad plena y perdurable; proseguia amandóla, pero nada se atrevia á concluir mi entendimiento. Además, todas aquellas blasfemias en que habia oido prorumpir á tantas bocas, aquellas diarias ironías, aquella ciencia moderna cási totalmente materialista, la memoria de mis antiguas ideas y de mi escepticismo de antaño, todas aquellas producciones del dia tan poco cristianas, todo esto abalanzabase sobre mì, acometíame cási de un modo simultáneo, y encontràbame cual bajel en medio de los mares, im-

pelido por todo tempestuoso viento, sin piloto ni brújula.....

De regreso á Marsella declaréme publicamente sansimoniano. Tomé alquilado un salon á propósito en una casa de la calle de las Bellas artes, é hice mi primera predicacion el 13 de diciembre del año 1830.

Sin embargo, encontrábame solo entónces. Ni tenia prosélitos ni veia persona alguna que me animase. Ocupábame en predicar mi doctrina ante hombres que estaban predispuestos contra ella. No ignoraba los peligros que era posible que corriese. Sabia que me hallaba en el seno de una poblacion entusiasta, inspirada aún de las ideas que yo poco antes abandonara. Sabia que cuando menos me esponìa á la ironía y á los sarcasmos, y que podian vengarse de la doctrina en aquel que la predicaba. Pero esto nada me importaba porque tenia fe en lo que decia, y todo es posible al que cree. Desdeñábame el mundo y ningun caso hacia de mi familia, aunque decia mi padre que iba á solicitar que se me encerrase; reíame de las lágrimas que vertia mi madre. Agréguese á esto que en mi vida habia yo hablado en público y que tampoco habia tenido jamás gana de hacerlo, que soy tímido y poco saciable, y sin embargo no sé como pude resolverme à mandar poner en el Ateneo de Marsella este estraño anuncio: "Mañana domingo, á las diez del dia, habrá una predicacion sansimoniana en la calle de las Bellas artes núm. 24."

Celebráronse muchas sesiones públicas. No dejó de concurrir gente à ellas, pero aunque hicieron impresion en algunos jóvenes, escitaron en general disgustos. Dory, no encontrando ya quien le proporcionase local para sus predicaciones, se volvió periodista. Esto acaecia en 1832, año del cólera.

"De mucho tiempo atrás estaba el cólera haciendo destrozos en Europa, y parecia tener satisfaccion en recorrer las capitales, cuando un dia cayó sobre Paris inesperadamente. ¡Qué terror aquel y qué angustia! Cada cual trató de aislarse, algunos tomaron la fuga y otros fueron atacados por la plaga y esterminados. Corrióse á pedir ausilio á la ciencia: los doctos pusiéronse á descomponer el aire, entretuviéronse los médicos en formar sistemas, y no por eso dejaba de producir sus efectos el cólera. —"¿Es contagioso?—¿No lo es?" Tal era la cuestion del dia. Y sin embargo, otra cuestion habia mas importante y elevada, y era esta: "¿Qué medio hay por el cual pueda la sociedad librarse de esta plaga."

Una circunstancia estraña y sorprendente habia, y era esta la manera con que se apoderaba de un hombre y lo convertia en cadáver en el término de unos cuantos minutos. Aquella enfermedad no se veia, ni se la oia, ni tampoco podia tocársela. Los que en sus dedos habian cifrado la certidumbre quedàbanse perplejos y veíanse reducidos á hacer sus esperimentos en cadáveres. Y entre tanto aquel inmenso visi-

tador todo lo visitaba; entraba en los palacios y en las cabañas, en las ciudades y en los suburbios, asíase de hombres y de mugeres, de ancianos, niños y doncellas. ¡Cuánto duelo y desolacion! Compadezco sinceramente á aquellos que no teniendo nada con que confortar su corazon procuraban solo aturdirse. ¡Qué cosecha de varones ilustres hizo la muerte! No hubo uno de los diversos ramos del saber humano, no hubo una de las varias clases de los pùblicos funcionarios, que no tuviese que llevar á alguno de sus jefes.....

¡Ay! en la mente de aquellas personas para quienes las cosas de la vida no son el todo, cuya existencia es totalmente contemplativa, ¡cuánto debió pasar entónces! ¡Cuántas inveteradas convicciones no disipó, cual humo, el cólera! ¡Cuántas inprevistas mutaciones que apenas se pueden creer no obstante haberlas visto, no debemos á aquella plaga!

El viento de la desolacion elevábase á los sábios, y la ciencia, no sabiendo ya á que atenerse, temblaba ella misma sobre sus bases. Nada, en mi opinion, llegó nunca á demostrar mejor la debilidad y la incertidumbre de esa que denominamos ciencia. Hombres hubo que recibieron con alborozo al cólera; verian si era la plaga mas pujante que sus brazeros y sus visturíes; pero aquellos hombres, en breve, llenos de terror, no supieron ya que creer; hicieron por mostrarse estoicos, y por la primera vez acaso de su vida dudaron de sí mismos.

La cuestion del cólera interesaba à todo el mundo, porque de Paris podia trasladarse á las provincias y presentarse entre nosotros. El gobierno mandó publicar una circular que se podia llamar precautoria; contenia algunas medidas de salubridad y de higiene: ¡cosa harto mezquina era aquella! Aconsejábase que se comiese carne y que se abstuviese uno de yerbas, que no se bebiese aguardiente, &. Muchos médicos pusieron el grito en el cielo sosteniendo que no se debia cambiar el método ordinario de vida, y que las legumbres eran mas sanas que la carne. Muchos hacian uso del cloruro de cal, y en Marsella hubo doctores que sostuvieron publicamente que no habia cosa mas perjudicial que el cloruro. Si refiero estas circunstancias, que son notorias, es simplemente para hacer ver lo que es la ciencia, cuanta cuenta tiene que se la conserve secreta, y cuán inutil aparece ante esos inmensos azotes que suelen caer de vez en cuando sobre las naciones enteras. Los que cifran en la ciencia su todo, el *summum*, son ciegos que buscan una montaña en un prado. La ciencia es buena, no hay duda en ello, y lo confieso; pero no puede reemplazar lo que vale infinitamente mas que ella, lo que la suple y que ella no puede suplir nunca, à saber, el pensamiento religioso.

¿Cuàl era, en aquella sazon, la solucion cristiana? esta: "El hombre, envuelto en carne y culpable, debe dar á Dios una satisfaccion por sus culpas. De hecho satisface, sea en esta

vida, sea en la otra. Dios le aflige, empero esta afliccion no es mas que momentánea. Ademas, el hombre tiene á su disposicion un poderoso medio de librarse de la ira del cielo, y este medio es la oracion, palanca inmensa que conmueve á las inteligencias sobrenaturales y que hasta la mansion de Dios llega.

Acaso se deseará saber cual era la solucion Sansimoniana. *El Globo*, en vista de una calamidad tan grande, no se estuvo mudo. No se limitó, como los demas impresos públicos, á presentar en lista los nombres de los muertos y de los moribundos, sino que dijo lo que era necesario que se hiciese:

"El cólera no es una plaga emanada de Dios. Toma orígen en la miseria en que vive el pueblo, ese pueblo mal alojado, vestido y sustentado; introdúcese con facilidad en los corazones carcomidos por el escepticismo y el disgusto. Entregaos á la alegría y al trabajo, bebed y comed, celébrese una grande asamblea en el *Campo de Marte* donde todos los artistas, músicos y bailarines se ostenten en amplios tablados, que las principales corporaciones del estado se reunan, salgan del entorpecimiento en que yacen y vengan á precidir estas festividades nacionales, que inmediatamente ponga manos el pueá la construccion del camino de fierro, de Paris al Havre y que la alegría y la abundancia por todas partes reinen."

Ya vemos que todo lo seria esta solucion, menos cristiana; era precisamente lo contrario

De suerte que no pude yo, lo confieso, adoptar estas ideas ni digerirlas; escandalizábanme cási.

Entretanto no me sentia yo aterrorizado. Estaba decidido á esperar el azote con entereza y á no ausentarme de Marsella. Pero abandonando á los hombres y no queriendo ya pensar en la sociedad ni en el porvenir de ella, propúseme ocuparme en solo mi individuo y en resolver, con relacion á mí, el problema del destino. Entonces, mas de una vez presentéme la proposicion siguiente: Un moribundo se encuentra en el último trance; se llama para él á un sacerdote sansimoniano; ¿qué le dirá este?

"Amigo mio, es necesario que murais; esa es una ley de la naturaleza á la cual todos estamos sometidos; vuestra vida se reunirá á la vida universal; vivireis siempre en Dios y en nosotros."

No creo que pueda hablar de otra manera.

Supongamos que por otro lado se acerca un sacerdote católico al moribundo; ¿que habrá de decirle?

"Hermano, estais padeciendo; el Señor padeciò como vos; ved si vuestros dolores pueden compararse á los suyos. Vais á morir; confesad vuestras iniquidades y pedid á Dios que os las perdone. Dentro de poco vais á comparecer ante él y á ser juzgado segun vuestras obras; mas espero que el Todopoderoso tendrá para con vos, mucha misericordia. A un lado teneis la mansion de eternos dolores, y al otro

lado el Paraíso; ireis pues à la una de ambas partes, personalmente y en toda la plenitud de vuestro ser."

Así me tomaba yo la libertad de hacer hablar á un sacerdote católico. Reflexionando en ello confieso que con mas gusto prestaba oido á este último, y cuando pensaba, sobre todo, en aquel mundo espiritual, en aquella ciudad de Dios tan gloriosa y tan pura.....

En la época á que me refiero, empleaba, puedo asegurarlo, cuanta actividad tenia en el ánimo para poseerme de esa certidumbre, de esa fe que parecia huirme. Cuando pensaba que la habia afianzado y que en mis brazos la tenia, una nada me hacia perderla. Habria querido creer, pero á pesar de los grandes esfuerzos de mi voluntad, no podia.

Quizá hay en esto algo mas íntimo de lo que á primera vista se imagina; acaso esto no viene á ser sino un castigo de la duda. ¿Seria por ventura cosa extraña que nos pagase con el desprecio una persona despreciada? No me atrevo á insistir en esta idea. Aquel esfuerzo de mi voluntad desechada, aquel pasar de una region á otra, aquella sucesion de doctrinas heterogéneas, aquella lucha, aquel combate, dejábanme momentos terribles en que postrado y aterrado sucumbia....

Sin embargo no eran permanentes en mí aquellas tan lúgubres ideas; acaso seria imposible al hombre soportarlas. Después de aquellos biliosos arranques en contra de todo lo que

existe, tomaba el Evangelio y leia con singular serenidad el misterioso nacimiento de un Salvador, las palabras divinas que de sus labios se exhalaban y el discurso que en la montaña pronunciara. Recorria las epístolas de san Pablo, ó si estaba mi corazon dispuesto á lo sublime, abria alguno de aquellos inspirados poemas que se encuentran en la ley antigua, y seguia en su vuelo á Isaías, David, Jeremías ó Daniel, aquellas águilas de fuego. Cuando me entretenia en leer el Evangelio imponia completo silencio á toda razon ó recuerdo; dejaba que hiciesen en mí toda su impresion aquellas sus palabras tan gratas á la vez que graves, tan llenas de dolor y aspiracion al cielo, y dilataba todo mi corazon para que de aquella divina leche se impregnase. Entonces era yo cristiano, exclusivamente cristiano.....

En la época de que hablo acometióme una enfermedad poco grave pero dilatada.

Las enfermedades tienen la ventaja de que sirven, hasta cierto punto, de retiro. Desprendese repentinamente de sus ocupaciones, de sus distracciones el hombre, y encuéntrase solo, ó cási solo, reflexionando en esa extraña ley de su naturaleza: *el dolor*. El mundo, que le impelia hácia todos lados con sus olas, se retira y le deja gimiendo en el aislamiento. La idea de la muerte, la idea de ese acontecimiento que habia estado á punto de calificar de un verdadero sueño, preséntase á él como posible. Todo ese trabajo á que, durante la vida, incesan-

temente nos entregamos, ¿á qué conduce? ¿Ha encontrado el hombre acaso en este mundo satisfaccion para sus lícitos deseos ó para la continua tribulacion de su ánimo? ¡Cuántas ilusiones acogió con júbilo su imaginacion y se le desvanecieron cual sombra! ¡Con cuantos objetos contaba ya que de las manos se le fueron! Luego, en las cuatro paredes de su cuarto, limitado á un horizonte poco halagüeño, pónese á considerarse à sí mismo y á dar una vuelta á lo pasado. Recorre su infancia, sus primeros años, su juventud, recuerda las ideas ú ocupaciones que tenia en aquel período de la vida, arroja una melancólica mirada hácia aquel tiempo que tan tristemente trascurriera, y admìrase que haya limitado su porvenir á lo poco que á la sazon parece. ¡Cómo desapareció todo aquello! Después calcula la edad que tiene y se encuentra con que ya es viejo. Sus físicos padecimientos le hacen acordarse de su cuerpo, y reflexiona de nuevo en *el dolor*, en esa ley de la naturaleza.

En suma, la ley que explica por medio del dolor las cosas de la vida, es muy cierta; el hombre padece siempre en esta vida; ésto nos lo acredita la experiencia y no lo puede poner en duda ningun enfermo. Luego el cristianismo tiene sus raìces en la naturaleza del hombre y es la verdadera é íntima explicacion de la vida.

Si el lector ha observado con detenimiento la sucesion de ideas que queda expresada,

echará de ver cómo, y por qué medios volví á la senda del cristianismo: dejando á un lado toda influencia sobre humana debo decir que alcancé esta felicidad con el auxilio de la soledad y de la lectura de obras religiosas.

BAUTAIN.

El padre Bautain, cuyo nombre se ha hecho tan famoso, empezó por médico, y siguió la cátedra de filosofía del señor Cousin, de quien fué uno de los mas notables discípulos. Mas adelante, desengañado de lo que es el eclecticismo, y disgustado de las doctrinas de los hombres, declaróse cristiano. He aquí cómo refiere el modo en que fué conducido al catolicismo:

"¡Y tambien yo me he creido filósofo porque he sido amante de la humana sabiduría y admirador de vanas doctrinas! He creido, como tantos otros, que en mi razon se encontraba la medida de lo absoluto y de lo posible, y que mi voluntad no tenia mas ley que ella propia.....

He buscado la verdad en mí, en la naturaleza y en los libros. He ido á llamar á la puerta de todas las humanas escuelas, me he abandonado á todo viento de doctrina, y tan solo he